

CUANDO PREDOMINA
LO ESPIRITUAL

SIMONE DE BEAUVOIR

CUANDO
PREDOMINA
LO ESPIRITUAL



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Quand prime le spirituel*

Traducción de José Bianco

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Imagen de cubierta: istockphoto

Primera edición en pocket Edhasa: enero 1989

Segunda edición (revisada): enero 2019

© 1979, Éditions Gallimard

© de la presente edición: Edhasa, 1981, 1989, 2019

Diputación, 262, 2ª^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2184-5

Impreso en Black Print CPI

Depósito legal: B 28978-2018

Impreso en España

*Escribí mucho en mi juventud, pero nada, que me pareciera válido. Tenía alrededor de treinta años cuando me atreví a proponer a los editores el libro que llamé Primacia de lo espiritual, dándole un sentido irónico al título de un ensayo por entonces célebre de Jacques Maritain. Había puesto mucho de mí misma en esa obra. Estaba en rebelión contra el espiritualismo que me había oprimido durante largos años y quería expresar esa repugnancia a través de la historia de mujeres jóvenes que conocía y que, unas más, otras menos, habían aceptado ser sus víctimas. Me interesaba mucho la mala fe que me parecía —y me parece aún— inseparable de todo ello. Me propuse, pues, la difícil tentativa de hacer oír las voces —y los silencios— de la mentira. Como mucho más tarde en *La mujer rota*, he utilizado el lenguaje para disimular la verdad. Desde este punto de vista el *Diario de Chantal* me parece bastante logrado, Gallimard y Grasset rechazaron el manuscrito, no sin razón. Los mismos personajes volvían a encontrarse en los cinco lar-*

gos cuentos y ninguno de éstos lograba constituir un todo cerrado en sí y que se bastara a sí mismo. No se organizaban tampoco en un conjunto coherente que se pudiera calificar de novela. A las heroínas y a sus protagonistas masculinos les faltaba relieve. La sátira, aunque pertinente, resultaba tímida. Y había por completo frustrado el relato de lo que era a mis ojos el gran crimen espiritualista: la muerte de Zaza. La historia de Marguerite —que era en gran parte la de mi adolescencia— me satisfacía más. Pero mi fracaso no me descorazonó porque lo encontraba bastante justificado y tenía el futuro por delante. Guardé en el fondo de un cajón Primacía de lo espiritual.

Sin embargo, relejendo recientemente ese mismo texto, haciéndolo leer a algunos amigos, le encontramos cualidades. Pensé que podría interesar a aquellos lectores que me son devotos: es, en suma, en forma un poco torpe, una novela de aprendizaje en la cual se esbozan muchos temas que he tratado después. Y ocurre que dos universitarias norteamericanas —de origen francés—, Claude Francis y Fernande Gontier, van a publicar los escritos de Simone de Beauvoir, que incluyen ensayos míos, artículos, borradores, hasta ahora inéditos, por lo menos en Francia. Primacía de lo espiritual debía evidentemente formar parte de aquel conjunto. Pero es demasiado voluminoso para integrarlo sin desequilibrarlo. Y en la medida que esclarece la génesis de mi obra, le tengo una simpatía que

desearía ver compartida. He decidido, pues, hacerlo aparecer aisladamente. Deseo que a pesar de sus defectos, a pesar de sus torpezas, depare a sus lectores cierto placer.

SIMONE DE BEAUVOIR

N.B. Como el título *Primacía de lo espiritual* ha sido utilizado por Jacques Maritain para una de sus obras, he tenido que transformar el mío en *Cuando predomina lo espiritual*.

I

Marcelle

Marcelle Drouffe era una muchachita soñadora y precoz: desde la edad de diez meses había dado muestras de una extraordinaria sensibilidad. «Cuando te hacías daño no llorabas de dolor —le dijo más tarde su madre—, sino porque te sentías traicionada por el mundo.»

Sus padres la mimaban, y ella era tan formal que no la reprendían jamás; pero conoció desde temprano el gusto de las lágrimas. Cuando caía la tarde, se deslizaba debajo del escritorio de su padre o detrás de los pesados cortinados de la sala, y se dejaba invadir por la tristeza y por la noche. Pensaba en los niños pobres y en los huérfanos cuyas historias había leído en libros de canto dorado; pensaba que un día llegaría a ser una persona mayor y que su madre no la tendría más sobre las rodillas, o hasta imaginaba que sus padres estaban muertos y que ella quedaba sola en el mundo. Entonces corrían lágrimas por sus mejillas y sentía su cuerpo zozobrar en un vacío delicioso.

Le gustaba sobre todo llorar en las iglesias; los días de fiesta, la señora Drouffe la llevaba a admirar en sus pesebres a niños Jesús de cera o a respirar el olor de los altares donde se adora al Santísimo; a través de la niebla luminosa que nimba la llama de los cirios, Marcelle percibía visiones maravillosas; se le partía el corazón y ofrecía sollozando el sacrificio de su vida a un joven Dios rubio; lo había visto una vez, en el cinematógrafo; por la noche, en la cama, le hacía confidencias: soñaba con enjugar con su largo pelo los suaves pies desnudos.

Una tía abuela de Marcelle tenía un gabinete de lectura, en la rue Saint-Sulpice; era una vieja de voz cascada, que llevaba siempre una cinta alrededor del cuello; Marcelle no conocía mayor placer que pasar una tarde en casa de la señorita Olivier. Elegía un libro entre los destinados a la juventud (aquellos cuyo título estaba seguido en el catálogo por la letra J), después iba a sentarse a una mesita en un oscuro corredor tapizado de libros con uniformes negros; a la luz de una lámpara, devoraba los cuentos de Schmidt, las novelas de Reynes Montlaur o memorias históricas expurgadas por la señora Carette. El acceso a los corredores estaba prohibido a los clientes; sólo una empleada con un vestido cerrado hasta el cuello se deslizaba a veces como una rata en las tinieblas; trepaba a una esca-

lera enredándose en sus largas faldas y pasaba a lo largo de los estantes la luz de una linterna eléctrica. Entonces Marcelle sabía que un nuevo visitante acababa de entrar y que allí se estaba muy callado en una silla de cuero; echaba a la tienda una mirada curiosa; veía sobre todo señoras ancianas y sacerdotes. Encaramada en una suerte de cátedra, la señorita Olivier vigilaba la sala con aire severo; ante ella se abría un gran registro negro y verde, y antes de tender a los clientes los volúmenes cuyo dorso estaba ornado por una etiqueta roja para las novelas, amarilla para las obras serias, inscribía en letras redondas el título y el nombre del autor.

Algunos visitantes asiduos a la biblioteca despertaban en Marcelle una atención apasionada; hombres maduros de mirada cargada, con rostros afinados por el pensamiento. Encontraba en sus hermosos cabellos grises, en sus sobretodos, en sus manos pálidas, una elegancia sublime que parecía provenir del alma; eran quizás escritores, poetas; pertenecían seguramente a esa minoría intelectual de la cual el señor Drouffe hablaba a menudo con aire misterioso. Marcelle los contemplaba con emoción. Deseaba ardientemente que un día alguno de ellos advirtiera su presencia y le dijera con voz aterciopelada: «¡Qué libros tan serios lee esta bonita niña!». Después le haría preguntas y quedaría maravillado

por sus respuestas; entonces la llevaría a una hermosa casa llena de libros y de cuadros y conversaría con ella como con una persona mayor.

Marcelle tenía prisa por envejecer; quería ser una escritora célebre y sostener con grandes hombres conversaciones elevadas. Nada la hacía sufrir tanto como que la trataran como a una niña; permanecía siempre en la sala cuando sus padres recibían amigos; le gustaba estar junto a esas mujeres y esos hombres maduros de sonrisas discretas, de gestos mesurados, de voces serias. Cuando el señor Drouffe leía en voz alta las novelas y las poesías que Marcelle componía para su hermanito Pascal, quedaba un poco avergonzada pero muy dichosa. No se mostraba revoltosa en compañía de los niños de su edad; sus risas brutales, sus gritos, sus juegos desordenados le inspiraban horror. La señora Drouffe hubiera querido mandarla al colegio, pero Marcelle era tan sensible que no se atrevía a contrariarla; consiguió tomar lecciones particulares con una vieja señorita; su padre, que era profesor de gramática, se encargó de su formación literaria; corregía sus deberes de estilo y le leía por las tardes a los grandes clásicos.

Sin embargo, cuando la señora Drouffe llevaba a Marcelle a las Tullerías o al Luxemburgo, no le permitía que se quedara sentada a su lado. «Anda a

divertirte con tus amiguitas», le ordenaba; era el único punto en el cual daba pruebas de autoridad. Marcelle obedecía, pero nada le parecía tan estúpido como correr y empujarse; no era ágil, y se arrastraba con repugnancia.

Más tarde, evocó a menudo con ternura la imagen de esa niñita pensativa que se acurrucaba en el hueco de las ventanas los días en que encendían los árboles de Navidad, mientras las farándulas se desplegaban en las salas iluminadas; los otros niños estaban demasiado ocupados en atragantarse con pasteles rellenos de chocolate o en ponerse sombreros de papel para preocuparse por ella; lejos de sus rostros congestionados, de sus risas chillonas, ella se evadía a un mundo imaginario.

La señorita Olivier, que había hecho con tanto cuidado el catálogo de los libros reservados a la juventud, habría quedado muy asombrada si hubiera sabido qué alimento procuraban a los ensueños de su sobrina ciertos cuentos inocentes, los relatos edificantes del canónigo Schmidt. La crueldad de Barba Azul, los sufrimientos infligidos a la dulce Griselda por un esposo de corazón inquieto, el encuentro del duque de Brabante con la infortunada Geneveva, completamente desnuda bajo su largo pelo, llenaban a Marcelle de una turbación extraordinaria; nunca dejaba de encantarle la siguiente historia:

una mujer maltratada por su orgulloso señor acaba por conquistar su corazón a fuerza de sumisión y de amor. Marcelle se identificaba con esta heroína que imaginaba a veces inocente e incomprendida, pero casi siempre culpable de un gran pecado, porque le gustaba estremecerse de arrepentimiento a los pies de un hombre hermoso, puro y terrible. Él tenía sobre ella derecho de vida y muerte y ella le decía «Señor»; su señor la hacía ponerse desnuda delante de él y, para subir a su caballo ricamente encapazonado, utilizaba su cuerpo como un estribo. Ella prolongaba con voluptuosidad aquel momento con la cabeza gacha, el corazón colmado de adoración, y sentía la dura espuela lastimar su espalda de esclava. Cuando, vencido por la piedad y el amor, el justiciero de ojos severos le posaba la mano sobre la cabeza en señal de perdón, ella abrazaba sus rodillas desfalleciendo deliciosamente.

Tenía trece años cuando, en una biblioteca pública, detuvo los ojos en un folletín de *Le petit parisien*; un hombre cubría de besos fervientes un seno de alabastro; durante todo el día, Marcelle no pudo rechazar esta visión; por la noche, en la cama se abandonó a ella sin resistencia, las mejillas ardiendo. En adelante, todas las noches, adormecida en el calor de las sábanas, ofrecía su pecho a besos ávidos, manos imperiosas y tiernas recorrían su carne, un

cuerpo tibio se apretaba a su cuerpo. Por la mañana, se avergonzaba de esos pensamientos, pero desde el crepúsculo esperaba con impaciencia la vuelta de aquellas ardientes imágenes; tardaba en conciliar el sueño: le dolían los labios, tenía la garganta seca y a veces sentía estremecimientos y era presa de sudores fríos. Al cabo de más o menos un año recuperó la calma; dejaron de mecerla invenciones quiméricas: comenzó a esperar ansiosamente un destino a su medida.

Su corazón era demasiado exigente para contentarse con los afectos banales que encontraba a su alrededor; la señora Drouffe sentía por Marcelle una devoción apasionada, pero no era ni muy inteligente, ni muy cultivada; Marcelle la adoraba, desde luego; sin embargo, sentíase muy sola junto a su madre: a menudo no podía menos de contestarle con dureza. Había esperado que cuando fuera mayor sería para su padre una confidente y una amiga; pero, tanto como en ella, su padre se interesaba en Pascal, que comenzaba a estudiar latín, y en la pequeña Marguerite. Hasta solía burlarse amablemente de la timidez de su hija mayor y de sus grandes manos, de las que no sabía qué hacerse. Marcelle quedó dolorosamente decepcionada. «¿Quién podrá quererme?», murmuraba frecuentemente con angustia. Una tarde, al volver de una reunión don-

de nadie la había invitado a bailar, estalló en sollozos y corrió a encerrarse en su cuarto. Varias veces, la señora Drouffe llamó a la puerta, pero Marcelle no abrió; permaneció recostada en la cama, en la oscuridad, mirando fijamente el cielo raso en el cual el paso de un tranvía lanzaba de tiempo en tiempo un resplandor fugitivo; sentía una profunda lástima de sí misma.

Nunca se parecería a esas muchachas tontas y frívolas que todos preferían a ella; nunca consentiría en sofocar su alma.

«No soy como las demás», se decía apasionadamente. Se levantó, empujó las persianas y salió al balcón; sobre París, se extendía un cielo malva como un campo de cólquicos; la noche era de tal dulzura que a Marcelle le palpó el corazón. Pensaba en Madame de Staël, en George Eliott, en la condesa de Noailles. Fue entonces cuando tuvo de pronto la revelación de su destino. «Seré la compañera de un hombre de genio», murmuró con éxtasis.

El invierno que siguió a la declaración de guerra, creyó haberlo encontrado; era teniente y leía en las trincheras las disertaciones de Epicteto. Marcelle quiso ser digna de él; era demasiado joven para enfermera, pero hizo de sus faldas viejas un montón de hilas y tejió sin descanso pasamontañas; pidió también para la Cruz Roja en la avenida de los

Champs-Elysées. La señora Drouffe tomó la costumbre de hacerle beber antes de acostarse una tisana de flores de azahar para que no soñara todas las noches con los pobres heridos y los pequeños refugiados del Norte; en esta época Marcelle comenzó a empolvase un poco la cara porque lloraba tan abundantemente pensando en los horrores de la guerra que tenía la nariz hinchada y rojizos los bordes de los ojos. Dejó de creer en Dios: ante la inmensidad del sufrimiento humano, sentía con certidumbre que la Providencia no existía.

Fueron para Marcelle años terribles, y después se asombró a menudo de no haber salido destrozada de esa crisis. Dios le faltaba, los hombres la traicionaron. El joven teniente heroico se casó con una prima de Marcelle. El mundo se hacía cada vez más hostil, el contacto de los seres más decepcionante. Marcelle anheló huir muy lejos. Si no hubiera temido apenar a su madre, hubiera partido a cuidar leprosos en Madagascar. Hizo grandes paseos a pie y, en el bosque de Boulogne, se abrazaba a los troncos de los árboles, frotaba amorosamente la mejilla contra la corteza rugosa de esos seres vivos que se dejaban amar de buena gana sin lastimarla.

Cuando su padre murió poco después de la guerra, tenía veinte años. Pascal preparaba su bachillerato, Marguerite entraba a quinto grado. La se-

ñora Drouffe adquirió, pagando una módica suma, el gabinete de lectura de la señorita Olivier, que daba una buena renta. Marcelle no quería estar a cargo de su madre y deseaba dar un sentido a su vida: decidió aprender un oficio. No hubiera podido plegarse a un trabajo que nada dijera a su corazón: después de dos años de preparación, obtuvo un puesto de asistenta social en un dispensario de la rue Ménilmontant.

La directora de la obra era una mujer de cuarenta años, suave y sensible, que había sufrido mucho en la vida; desde que la conoció, quedó seducida por la juventud de Marcelle, por su voz vibrante y su mirada ardiente. Marcelle conoció las dulzuras de la amistad. Germaine Masson le tejió chales vaporosos y la invitó a tomar el té casi todos los domingos. Marcelle le contó su infancia; le confió sus aspiraciones, sus decepciones y las particularidades de su carácter. Germaine se apegó a ella con una devoción de esclava. Pero Marcelle no encontraba en su trabajo el consuelo que había esperado; se ocupaba en la obra de distribuir socorros materiales a los indigentes del barrio, en conseguir trabajo a los jóvenes sin empleo, en proteger a la infancia desgraciada; daba consultas médicas, cuidados gratuitos, ya en el dispensario, ya a domicilio. Las enfermeras eran mujeres serviciales y serias, pero

que consideraban su empleo como un simple medio de sustento y, en el curso de sus encuestas, Marcelle no oyó nunca hablar sino de preocupaciones de salud y de dinero. Nunca lograba aproximarse a un alma.

En el metropolitano repleto, por la tarde, al volver a su casa, Marcelle se preguntaba tristemente si alguna vez llenaría el vacío de su corazón; miraba con desesperación a los hombres de manos callosas, a las mujeres de caras grises, todos ojos que no reflejaban ningún hermoso recuerdo en ellos, ni una esperanza, ni siquiera un verso armonioso para mecer suavemente su tristeza. Vidas oscuras y subterráneas como esos túneles en los que el tren se precipitaba. Se ahogaba uno en los vagones nauseabundos. A Marcelle se le apretaba la garganta de piedad, le parecía cargar sobre los hombros todo el sufrimiento del mundo; a esos desheredados hubiera querido hablarles de la belleza, del amor, del sentido del sufrimiento con palabras tan persuasivas que hubieran transfigurado sus vidas. Nada podía por ellos: su caridad inútil se agregaba al malestar físico que le causaba el olor del sudor humano, y el contacto de cuerpos groseros le daba náuseas tan fuertes que a menudo se veía obligada a bajarse y a hacer a pie el resto del trayecto; en su casa, besaba largamente su rostro en el espejo; por debajo de sus ojos profundos la piel

estaba un poco amoratada, transparente, con manchas rojizas como el centro de una digital. Ese rostro patético merecía el amor de un héroe.

«¡Oh bienamado!», murmuraba.

★ ★ ★

Marcelle trabajaba desde hacía un año en la rue Ménilmontant cuando encontró por fin una ocasión de dispensar sus tesoros desaprovechados de fuerza y de caridad.

Era una mañana de abril; estaba en su oficina, ocupada en sacar cuentas. «Ser fuerte, y gastarse en cosas viles», murmuraba mientras verificaba sus adiciones. La portera llamó a la puerta y le tendió dos tarjetas de visita: «Maurice Perdrières - Director del Contacto Social», «Paul Desroches - Ingeniero de Puentes y Caminos». Esos nombres le eran desconocidos. Un instante después se encontró en presencia de dos hombres de unos veinticinco años, de cara inteligente, ojos alegres, y que tenían entre sí como un aire de familia. Sin tratar de entrar en materia, de una manera brusca y confiada que le complació, le dijeron a Marcelle que venían a pedirle su colaboración.

La idea del Contacto Social había nacido de la guerra; Perdrières y su amigo Desroches habían pa-

sado un año en el frente, y allí donde otros no habían sabido ver sino fango y sangre, ellos habían descubierto esa cosa maravillosa que se llama fraternidad. Cuando en 1919 volvieron a encontrar sus libros, sus estudios, se sintieron desamparados; la vida puramente cerebral, que les había bastado en otra época, les parecía reseca: conservaban un gusto nostálgico de fraternización. Perdrières y Desroches decidieron resucitar entre las clases la camaradería profunda y simple de las trincheras. El entusiasmo y la buena voluntad triunfan de todos los obstáculos; pronto conquistaron para su proyecto toda una ardiente juventud. Crearon grupos que llamaron equipos, que se esparcieron por la tarde en los barrios de los alrededores para dar conferencias a los aprendices, a los jóvenes obreros y para granjearse su amistad. El movimiento no invocaba ninguna tendencia política y, aunque de inspiración cristiana, no hacía ningún proselitismo religioso: eran intercambios desinteresados. Los estudiantes aportaban a los jóvenes obreros el alimento espiritual que sólo confiere al hombre una dignidad interior; a la vez, ellos estaban vivificados por esa llama de generosidad, de buen humor y de coraje que encontramos siempre en el alma popular.

—El éxito ha sobrepasado nuestras esperanzas —dijo Perdrières—; sólo el lado material nos entor-

pece, sobre todo la cuestión de los locales; a menudo tenemos que reunirnos en bares –sonrió–. Se está bien en los bares; pero cuesta dinero; y a pesar de todo no está uno en su casa. Si usted pudiera ofrecernos un albergue, nos haría un gran favor.

Con el mentón apoyado en la palma de la mano, Marcelle observaba a Perdrières con profundo interés: esos hombres salían de lo común.

–Las cuestiones sociales me apasionan –dijo– y me pongo a la entera disposición de ustedes. Aquí, únicamente cuidamos los cuerpos y muy a menudo he sufrido por ello: no sólo de pan vive el hombre.

–Usted puede sernos muy útil –dijo Desroches–, usted conoce los recursos y las necesidades de este barrio. Para crear aquí un equipo, su ayuda nos sería preciosa.

Marcelle aceptó de buena gana y los invitó a cenar dos días después para examinar la cuestión con mayor profundidad. Cuando quedó sola, la invadió una alegría inmensa: ¡por fin iba a dar su medida! Abrió la ventana y se inclinó hacia el jardín: millares de hojitas húmedas brillaban al sol; en su alma susurraba también la primavera: las riquezas interiores atesoradas en la soledad querían florecer en acciones. Con éxtasis, Marcelle saludó la renovación de su corazón como el alba de la renovación del mundo.

La cena se realizó en el comedor del dispensario; Germaine no fue. Marcelle había encargado una buena comida y dispuesto sobre la mesa un mantel bordado que pertenecía a su madre. Perdrières y Desroches no parecieron prestar ninguna atención a lo que comían. Hablaban sin parar, con gran animación, de cuestiones sociales, de la poesía pura, del destino del hombre. Marcelle no había oído nunca una conversación tan interesante. Explicaron que había que hacer que el pueblo accediera a la cultura y no rebajar la cultura al nivel del pueblo, y Perdrières citó el caso de un joven tipógrafo que comprendía a Valéry mejor que los profesores de la Sorbona. Marcelle les ofreció a los postres benedictino, del cual ella misma bebió una gota. Decidieron que Perdrières dirigiría todos los jueves un círculo de estudios; Desroches y otro miembro del equipo compartirían los cursos de inglés, de contabilidad y de francés. Esta enseñanza sólo se impartiría a los jóvenes. «Es la juventud la que debe cambiar el mundo», decía Perdrières. Pero a los fines de entrar en contacto con sus familias se organizarían una vez por mes, en la sala de fiestas, conferencias sobre temas de interés general a las que los miembros de los equipos podrían llevar a sus parientes y amigos, Perdrières previó también paseos en grupo porque, para dar al pueblo el sentido

de los valores espirituales, creía en la eficacia de los almuerzos en el campo, de la marcha a paso cadencioso, de las canciones entonadas a coro. Como el dispensario estaba vacío a partir de las seis, Marcelle propuso establecer allí un centro juvenil que ella vigilaría hasta las ocho: se encargaría de procurar libros, revistas, un billar.

Esta sugestión fue acogida con entusiasmo y Desroches evocó exaltadamente el desarrollo extraordinario que iba a adquirir el equipo de la rue Ménilmontant gracias a las felices iniciativas de Marcelle. Mientras hablaba, Marcelle observó que tenía un rasguño pequeño en la comisura de los labios; observó también que Perdrières no usaba ligas y que, cuando cruzaba las piernas, se le veían las pantorrillas; eso la enterneció. Estos seres de excepción eran también hombres, grandes niños torpes como todos los hombres. Hubiera querido poner orden en sus cuartos, arreglarles el nudo de la corbata y coserles los botones como hacía con Pascal. Un matiz de afecto maternal entró en su admiración por ellos.

Desde hacía mucho tiempo la fatigaba la ternura exigente y deliberada de Germaine; Germaine quería siempre encontrar en las experiencias de Marcelle sus propias experiencias; en el carácter de Marcelle, rasgos de su carácter; la acosaba a pre-

guntas; absorbía todos sus momentos libres; esta mujer casi vieja se alimentaba como un vampiro de la juventud y la animación de su amiga. Su trato era deprimente. La camaradería viril exaltaba por lo contrario la voluntad y el coraje; era ruda, franca, sin vueltas.

—En un sentido, soy muy femenina —le dijo un día Marcelle a Desroches— y sin embargo no puedo entenderme más con los hombres.

Dejó de ver tan a menudo a Germaine. Cuando el domingo había cancelado una cita con ella, el lunes los ojos de Germaine estaban llenos de silenciosos reproches. Entonces Marcelle sentía con orgullo que su naturaleza indomable no podría plegarse nunca a la esclavitud de la ternura.

Marcelle consagraba al equipo todo su tiempo libre. Aunque muchos jóvenes se inscribían en el Contacto Social, a pocos los guiaba un verdadero deseo de instruirse, y Marcelle no se hacía ilusiones sobre el valor de su adhesión. Iban para encontrarse entre camaradas, porque nada les pedían y porque no tenían dinero para ir al café todas las tardes; algunos, pensando que podrían necesitar, un día u otro, un empleo, una consulta médica, deseaban estar en buenos términos con la obra que era considerada en el barrio como una potencia; sus padres los impulsaban a frecuentar el centro juvenil. Con

su espíritu melancólico y escéptico, Germaine no dejaba de subrayar esos motivos interesados; pero Marcelle consideraba que todos los medios de reclutamiento eran buenos. Hizo una activa propaganda en las familias y en los jóvenes que conocía a través del dispensario y de la oficina de empleos: poco a poco, aquéllos atraían a otros.

La sala de reunión era muy grande; Marcelle se instalaba discretamente en el fondo y simulaba estar absorta en algún trabajo; los jóvenes jugaban al billar o a los naipes, leían los diarios, conversaban entre sí. Marcelle se había arreglado con el administrador de una biblioteca popular para poner libros a su disposición: cuando venían a pedirle o a devolverle una obra, a preguntarle algún dato, aprovechaba para iniciar una conversación. Se hablaba del último círculo de estudios, de la próxima conferencia, y a veces las entrevistas tomaban un sesgo personal. Para adquirir influencia sobre esos muchachitos, Marcelle pensaba que era necesario primero llegar a ser camarada: pronto tomó más confianza; se inclinaba sobre sus hombros para mirar qué leían, y mientras les hablaba solía sentarse campechanamente sobre las mesas. Le gustaba esa atmósfera joven y cordial; cuando hacía bromas con un joven mecánico, o el empleado de una tienda, comprendía sin la menor duda que sólo los odios